

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Angela Vicent Vives, 82

Alex Martínez Orts, 18

AURORA BOREAL

Llego a la calle Habana, barrio de la Fuensanta de Valencia, a las once de la mañana de un día radiante. No sé por qué, pero hoy he cogido el paraguas al salir de casa. Bajo del autobús y oigo una voz que me llama desde una ventana. “¿Eres Alex, verdad?”, me preguntan. “Sí, soy yo”. Me acerco a la puerta de su casa y me deja pasar. Ángeles parece una mujer encantadora. “Te he reconocido por el paraguas” dice bromeando, con una sonrisa de oreja a oreja. Qué curioso. Nos sentamos en una de las habitaciones de su casa. Papel y boli. Coge aire y se prepara para contarme su historia. Silencio. Ella sonríe. Acción.

“Las campanas tienen su propio lenguaje, y la gente de los pueblos lo conoce. Lo descubrí aquella madrugada de verano cuando el estruendo del metal trepó tenazmente por los tejados de todas las casas de Cheste, despertando a las personas que en ellas descansaban. Yo dormía en el diván de la casa de la Tía Ramona, sobre una cama pertrechada de hojas secas que crujían cada vez que me giraba. Las campanas tocaron a fuego. En pleno año 37, en medio de la guerra, que las campanas sonaran de madrugada no era una buena señal. Por eso toda la gente del pueblo se levantó de golpe, dirigiéndose a la montaña cargada con cubos de agua, buscando un fuego que nadie logró divisar. En vez de llamas encontramos luz. Un fuerte destello naranja nacía en el mar y se extendía por todo el cielo, difuminándose como una gota de color en un vaso de agua. Cierro los ojos y aún puedo recordar, como si estuviera allí, aquel intenso color, vivo y extraño a la vez. Fue un momento que jamás olvidaré. Una pizca de ilusión y magia en una época oscura y triste.

Vivíamos en Cheste porque huíamos de los bombardeos que azotaban la ciudad. Todavía recuerdo como mi madre, para protegernos de las bombas, nos metía debajo de la cama y ponía todos los colchones de la casa sobre nosotras, creyendo que así estábamos a salvo. Mis padres nos llevaron a mi hermana María Luisa y a mí a la casa que nuestra vecina tenía en el pueblo. A cambio teníamos que llevar nuestra propia comida: todos los fines de semana, mi padre, Luis, cruzaba las montañas de la Hoya de Buñol y traía los alimentos que conseguía a cambio de algunas de las piezas de tela que sobraban en la tienda donde trabajaba. El resto de las provisiones las adquiría del extraperlo. Mientras tanto, nosotras pasábamos las horas en aquella humilde casa de pastores, esperando el momento de poder volver con nuestra familia. Pasó el tiempo, y entonces aquel ansiado momento llegó.

Mis padres, cansados de no poder estar con nosotras, decidieron que fuéramos a vivir a unas cuevas que, por aquel entonces, se alquilaban en la localidad de Benimamet. Aquellos escondrijos eran talmente una casa, de no ser por la poca luz que entraba. Sólo unos pocos rayos de luz lograban adentrarse en aquellos inmensos agujeros, manchando con su destello la cocina i uno de los dormitorios. El resto de la casa permanecía oculto bajo la sombra.

Era en una de aquellas habitaciones donde había una vieja arca de madera. Aquel baúl estaba cerrado con llave, y su contenido era un secreto. Ni siquiera mis padres sabían lo que allí dentro se encontraba. “No lo toques, que no es nuestro”, nos decían. Pero tanto era el magnetismo de aquel cajón que, aunque nunca llegué a abrirlo, pasaba horas jugando sobre él, poniendo encima mis tacitas de juguete. Protegiéndolo para que no fuese descubierto. Eso era al menos lo que yo imaginaba, que era un secreto que nosotros teníamos que guardar.

Años más tarde mi madre me contó el secreto. Resulta que los dueños de la casa, que eran personas muy religiosas, escondían, en aquel viejo arcón de la cueva donde pasaba las horas, todos los objetos preciados de una iglesia que iba a ser saqueada: joyas, cálices de oro, plata y piedras preciosas, imágenes de gran valor, casullas bordadas... Habíamos corrido un gran peligro escondiendo aquellos objetos, siendo los guardianes de un tesoro prohibido. En aquel instante, imaginando todas aquellas riquezas, volví a ver el destello que nos

